



ALAMEDA BLUES ...

David María TELLECHEA SANTAMARTA

A mi amatxo Isabel

La alameda era un hervidero. Cuando la banda empezó con “Pequeña flor”. (¿Sería un presagio?). La tarde se había puesto calurosa. Y de los bares salía un vaho humeante y ruidoso. Que se mezclaba con el ronroneo de los automóviles por la carretera. Y la música que se desparramaba desde el kiosko. En el momento que el río comenzaba a oler.

Mi compañero solicitó el baile. Y me encontré meciéndome con una muchacha. Que llevaba una rosa roja en la solapa de su traje azul. Y sus rubios cabellos olían a heno. En tanto que las notas melancólicas de aquella canción francesa. Ascendían al cielo azul, por el atardecer de un verano. Que acababa de comenzar.

Mientras, charlamos no sé de qué. Y quizá nos reímos de algo, con gorjeos de juventud. Y al último acorde, ella se desprendió de la rosa: y aspiró su aroma. Después me la entregó. Y antes de que pudiera reaccionar, desapareció.

Allí quedé yo con la rosa roja, absorto y turbado. Aquella fragancia me traía el recuerdo de su imagen, que ya nunca más volvería a ver. Seguramente.

El crepúsculo se adueñó de la alameda. Las farolas comenzaron a encenderse. Anunciando el final del domingo, que se iba tras las campanadas de la torre. Y así, sentado en un banco. Mientras la gente salía del cine, bulliciosa y arrebolada. Y la banda atacaba con fuerza la marcha del Touring. Aprisioné con fuerza la rosa roja entre mis manos, hasta destrozarla. Y besando sus pétalos rotos. Que caían lentamente sobre el pavimento. Me levanté, al fin, con un suspiro...

Y fui a buscar a la cuadrilla que con toda seguridad, estaría tomando unos vinos por la calle Magdalena.

* * *

Aquel domingo por la mañana, hacía algo de fresco. Había llovido por la noche. Y aunque, ahora, el sol quería asomarse por entre las nubes, le costaba. La alameda se veía casi desierta. Un par de personas, escondidas tras el periódico. Caminaba lentamente, casi a ciegas.

En el bar Guría se jugaba al ajedrez. Campeonato de Guipúzcoa, por equipos. Yo ocupaba el cuarto tablero, por razones tácticas. Silencio roto por el chirriar de las golondrinas. Que revoloteaban alrededor del kiosko. Vacío.

A las pocas jugadas, afortunadamente para mí, la situación era de mate a la siguiente. Mi contrincante empezó a sudar. Y a fumar desesperadamente. La cosa estaba clara. Vamos, me lo parecía.

Pasaban los minutos y nada. El otro seguía empeñado en buscar alguna solución. La verdad es que me dio pena. Pensé, quizás con exageración, que me estaría viendo como a un pelotón de fusilamiento. O una afilada guillotina. Tal vez un barril de pólvora. O puede que una recia cuerda de cáñamo, alrededor de su cuello, muy resbaladizo ya.

Al cabo de media hora, empecé a perder la paciencia. De pronto recordé que en la Parroquia, estarían en Misa Mayor. Miré el reloj. "Aún lleigo a cantar el Sanctus".

— Perdóname, que voy al retrete.

— Bien.

Respondió sin levantar la vista del tablero. Mientras, por enésima vez, se pasó un húmedo pañuelo por la frente. Y encendió el décimo pitillo.

En el coro no esperaban verme. Pero como no entendían los intrínquilos del ajedrez, al punto nos dedicamos a llenar la iglesia de recios acordes. Arropados por las sobrias manos y pies de D. Jesús. Nicanor en el atril, y D. Roberto en el altar. Oía a incienso.

Terminó la misa a los 23 minutos de mi llegada. Corrí al Guría. La alameda estaba más animada. Y el sol empezaba a calentar. Entré sofocado. Y pronto vi que mi adversario se había marchado. Sobre el tablero, su rey yacía en posición de derrota.

Y sonriendo pregunté:

— ¿Se ha ido sin decir nada?

Y alguien me contestó:

— Sólo ha dicho, que te tomes una caja de purgante YER a su salud.

Definitivamente el sol lucía en todo su esplendor. Y la mañana se presentaba maravillosa.

Aún resonaba el trueno en la lejanía. Yo casi no había pegado ojo. Entre la tormenta y la emoción del viaje...

Le costaba amanecer. Densos nubarrones oscurecían el cielo. Bajando por la calle Arriba. Me despedí del barrio, de la iglesia. Y su reloj me respondió con siete campanadas.

El Ayuntamiento, la peluquería de mi tío. Y el Bar Rosa, en la esquina.

Se habían formado grandes charcos en la Alameda. Y gente en movimiento, al trabajo. Algunos, a la Papelera. La mayoría a ponerse en la cola del trolebús. Y los barrenderos procuraban rescatar la basura, tan húmeda ya. Pero abundante, aquella mañana del lunes.

Nos colocamos en la fila. Bostezos. Y abundantes toses. Caras de resaca. Mi padre cargaba la maleta. Yo con una bolsa. Y la madre me miraba, lacrimosa.

Las perchas hábilmente manejadas, cambiaron de cables. Y cansinamente, la lombriz humana comenzó a subir al "trole".

De pronto, por la esquina de la calle Viteri. Apareció una mujer, con mantilla, portando un gran ramo de rosas rojas. Corrí hacia ella.

— Me da una, por favor.

Sorprendida y tal vez apabullada, me ofreció un capullo.

Gracias.

Y justo antes de montar en el vehículo. Me despedí de mis padres. Lágrimas, abrazos. Y carraspeos. Del alma.

— Ten cuidado. Sé formal.

Saqué la rosa del bolsillo de la gabardina. Y besándola, al par que inhalaba su aroma. La puse en manos de mi amatxo.

— Toma esto. Aunque se marchite, no la tires. Guárdala... en algún libro.

Cuando partió el trolebús. Al entrar en la carretera general, frente al puente. Aún pude divisar sus manos agitándose. Y la rosa roja que desde la distancia, parecía un botón... Y la cola empezó a formarse de nuevo.

La alameda quedó atrás. Y se perdió tras el recodo del Hospital.

Aún resonaba el trueno en la lejanía.

Huesca, Mayo de 1990

